

FÉLIX J. MONTÓN BROTO

Tras las escasas huellas que nos han dejado los tiempos más remotos y, que como ha podido comprobarse en el capítulo anterior, se reducen a conjeturas sobre el período Paleolítico, atisbadas en los talleres líticos del entorno de los llanos de Cardiel –pero muy difíciles de identificar con seguridad– y las impresionantes evidencias de la época neolítica que se conservan en los alrededores de Mequinenza, se alcanza la denominada Edad del Bronce. En esta época se produce un fenómeno de extraordinaria importancia que viene a modificar radicalmente los patrones de asentamiento, la economía y las relaciones entre las distintas comunidades que ocuparon la comarca del Bajo Cinca.

LAS EDADES DE LOS METALES

El primer impacto apreciable es el aumento de población en la zona, que comienza a ser ocupada por pequeñas comunidades establecidas preferentemente junto a los ríos y en lugares elevados, casos de Zafranales o Tozal de Regallos. Se trata de asentamientos de reducidas dimensiones formados por unas pocas viviendas construidas de forma somera con piedras y barro, cubiertas seguramente con elementos vegetales. A veces es el abrigo de una roca el que se aprovecha como lugar de habitación, como ocurre en el yacimiento de Cova de Punta Farisa.

El origen de estas gentes es incierto, pero indudablemente su llegada responde a una expansión de la población de los somontanos prepirenaicos hacia el sur, tal vez provocada por un cambio en la economía, cada vez más dependiente de la agricultura. Esta dependencia, y la relegación de la caza como recurso alimenticio, es a la vez causa y consecuencia de la ocupación de nuevas tierras que son aprovechadas por una rudimentaria agricultura, completada con la ganade-

ría y las actividades cinegéticas. Los ríos, como principal vía de comunicación, jugarán un papel relevante en la elección de los lugares de asentamiento y al mismo tiempo servirán de cauce a los intercambios posteriores, al menos hasta época romana.

La segunda consecuencia será la introducción de la metalurgia. Ciertamente ésta es una actividad verdaderamente revolucionaria que afectó no sólo a la economía y a la tecnología, sino también a las relaciones sociales y a la capacidad de adaptarse y transformar el medio. El metal es susceptible de ser reaprovechado cuando deja de ser útil o se rompe la herramienta con él fabricada, lo que no sucede con los instrumentos líticos. Su posesión supone riqueza, pertenencia a un estatus superior y, en definitiva, poder. Es fácilmente transportable e incluso utilizable como moneda de cambio y no demasiado difícil de acumular. La búsqueda de materias primas y su comercialización potencian los intercambios no sólo económicos, sino tecnológicos y culturales.

Desde el punto de vista cronológico la Edad del Bronce se divide en tres grandes etapas: el Bronce antiguo, que abarca desde el 1800 al 1500 a.C.; el Bronce medio, que comprende desde el 1500 hasta el 1250 a.C. y el Bronce final, que llega hasta el 700 a.C. y, que a su vez, se subdivide en tres períodos: Bronce final I o Bronce reciente, entre 1250 y 1150; Bronce final II, desde 1150 hasta 900 a.C. y Bronce final III, entre 900 y 700 a.C. No hay indicios en la comarca de asentamientos del Bronce antiguo, pero sí del Bronce medio y final.

Los más antiguos corresponden a los yacimientos de Cova de Punta Farisa y barranco de Monreal. El primero, situado entre los ríos Cinca y Segre, está algo alejado del río y es un pequeño asentamiento, que aprovecha un saliente de roca, en el que se atestiguan labores de pastores y aprovechamiento del entorno. Los análisis radiocarbónicos proporcionan una fecha que lo sitúa en 1410 a.C., que es la más antigua que poseemos en la comarca correspondiente a esta etapa. Los elementos constructivos debieron ser muy endebles y apenas ha quedado rastro de ellos. El segundo sólo ha proporcionado algunos materiales cerámicos de interés que se relacionan con fondos de cabañas y cuyo precario estado no ha permitido identificar ninguna estructura; la cronología, a partir de los elementos muebles recuperados, se sitúa próxima al anterior.



El abrigo de Cova de Punta Farisa, el más antiguo poblamiento conocido en la comarca

El Bronce final está representado por un mayor número de yacimientos, me-

jor conocidos y, algunos, excavados y publicados. Entre los más importantes debemos mencionar el asentamiento de Masada de Ratón, un pequeño poblado situado en las cercanías de Punta Farisa, formado por endebles estructuras de habitación de trazado irregular en su primera fase y rectangulares en la segunda. Aparecen cerámicas con asas de apéndice de botón, otras con decoraciones acanaladas y, sobre todo, un interesante lote de moldes de fundición. La presencia de estos moldes supone la única prueba arqueológica de la actividad metalúrgica y plantea la hipótesis de la procedencia de las materias primas, bronce y estaño, inexistentes en la comarca y sus cercanías. Cabe la posibilidad de que el material utilizado en las fundiciones procediera de piezas rotas o caídas en desuso. El yacimiento de Zafranales ofrece la particularidad de haber conservado dos cisternas de esta época, aunque las habitaciones prehistóricas fueron destruidas al construirse un asentamiento islámico sobre él. Sin embargo de este yacimiento procede el conjunto cerámico más importante de la comarca y de toda la provincia perteneciente a esta cultura.



Vista aérea del primer nivel del poblado de Masada de Ratón

Hacia las últimas etapas del Bronce final –o *época de los Campos de Urnas*– se encuadran otros asentamientos de no menor importancia. Son los yacimientos de Los Castellet, en Mequinenza –descrito en el capítulo precedente–, y los de Valdeladrones y el Tozal de los Regallos, en Candasnos.

Valdeladrones está situado en ladera –ubicación un tanto atípica, único caso conocido en la comarca–, mientras que el Tozal de los Regallos –a escasos cientos de metros del anterior– se asienta en lo alto en un cerro de cumbre estrecha. Los materiales de ambos asentamientos son muy semejantes, con cerámicas de perfiles suaves y decoración casi exclusivamente acanalada, dientes de hoz de sílex. Destaca una excepcional espada de hierro, recuperada en el Tozal de los Regallos, actualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Estas gentes parecen mantenerse estables a lo largo de muchos siglos y



Molde *bivalvo* de hacha procedente de Valdepatao, Candasnos



Cisterna de la Edad del Bronce, en el yacimiento de Zafranales



Estancias del poblado de Valdeladrones (Cultura de los Campos de Urnas)

no hay razones para pensar en aportaciones foráneas. Solamente podemos destacar dos momentos de influencias exteriores. El primero está evidenciado por la aparición de las cerámicas llamadas «de asas de apéndice de botón», que señalan un origen traspirenaico, cuyo punto de partida hay que buscar en el norte de Italia y que, a través de lo que hoy es Cataluña, llegan por el Segre a esta comarca, en un momento que hay que situar, aproximadamente, hacia el Bronce medio. El segundo, mucho más trascendente, es la aparición de la llamada «Cultura de los Campos de Urnas» que, durante el Bronce final II, se implanta con fuerza, hasta bien entrada la Edad de Hierro. Sus elementos diferenciadores serán las cerámicas acanaladas y, especialmente, la sustitución del rito funerario de la inhumación por el de la incineración. Este hecho es muy importante por cuanto significa un cambio ideológico, más que estético o técnico. Sin embargo, ello no prueba la llegada de gentes extrañas, al menos en cantidades significativas. Lo demuestra la pervivencia de formas anteriores que se manifiestan con intensidad en todos los asentamientos conocidos.

La llamada Primera Edad del Hierro es el período peor documentado hasta el momento, ya que no hay ningún yacimiento excavado o estudiado detenidamente. Sólo algunos indicios permiten atestiguar el poblamiento de esta época en lugares como Punta Farisa, Tosal de los Alcanares y La Noria. Cronológicamente se sitúa en los primeros siglos del último milenio a. C., confundándose con el último período del

Bronce final III, dando lugar a la época de los llamados «Campos de Urnas Recientes». Este período llega hasta el siglo VI-V a. C., en vísperas de la aparición de la cultura ibérica, es decir, lo que se conoce como Segunda Edad del Hierro en la terminología arqueológica.

Esta laguna quizá se deba a una larga pervivencia de los asentamientos característicos del Bronce final hasta la época ibérica o

a una carencia de las investigaciones. En cualquier caso no hay que descartar la posibilidad de un descenso de la población debido a causas climáticas o naturales desconocidas hasta el momento. Otro factor a considerar sería la posible superposición de asentamientos ibéricos sobre los de la Edad del Hierro, dificultando la detección de los niveles inferiores mediante prospección superficial.



Cerámica «de asa de apéndice de botón», característica del Bronce medio/final

Los recursos

Respecto a las tareas agrícolas quizá fuera más adecuado hablar de recolección y aprovechamiento selectivo de los frutos naturales que de agricultura en sentido pleno, ya que la agricultura supone un grado de concentración de la población y una infraestructura mínima que no se ha podido documentar, al menos en las primeras fases de la Edad del Bronce. La recogida y transformación de los productos agrícolas viene atestiguada por los dientes de hoz, ya mencionados, y por los numerosos molinos de mano recuperados. Sin embargo faltan los grandes recipientes o espacios *ad hoc* que denuncian el almacenamiento característico de las comunidades agrícolas. Así, pues, el aprovechamiento agrícola debió ser el mínimo para cubrir las necesidades inmediatas de las comunidades que habitaron el Bajo Cinca, hasta bien entrado El Bronce final y la Edad del Hierro.

Por lo que se refiere a la ganadería, los yacimientos excavados hasta el momento no permiten conocer mejor esta actividad. Sin embargo, en el yacimiento de Cova de Punta Farisa se ha podido comprobar que sirvió de cobijo a los rebaños que acompañaban a los pastores. Del mismo modo, la importancia numérica de los restos de animales domésticos recuperados en Zafrales permite afirmar que la ganadería fue una de las fuentes de recursos básicas durante el Bronce medio y final. La cabaña estaba formada por ovejas, cabras, cerdos, vacas, bueyes y caballos. Merece la pena señalar que estos animales eran utilizados también como fuente de materias primas,

tales como leche, lana y fuerza de tiro y carga, a juzgar por la avanzada edad de algunos individuos. Obviamente también sirvieron de aporte cárnico en la dieta de sus propietarios.

La caza y la pesca fueron sin duda dos actividades que constituyeron un buen complemento alimenticio de las poblaciones prehistóricas. En un entorno climático más húmedo que el actual, la fauna debió ser más abundante y ello permitió hacer de la caza una de las ocupaciones que completaban los recursos necesarios para la subsistencia. Así se han atestiguado en Zafranales los restos de ciervo, jabalí y conejo, que proporcionarían carne, pieles y astas para atender a las necesidades domésticas. La pesca no está documentada pero no es difícil imaginarla, dada la proximidad a los ríos de la mayoría de los asentamientos.

LA ÉPOCA IBÉRICA

Una nueva era llega con la aparición de las primeras huellas pertenecientes a la cultura ibérica. Los asentamientos siguen situándose en lugares altos, de fácil defensa, evidenciando unos tiempos en los que la seguridad primaba sobre todo lo demás a la hora de su elección. El mundo ibérico es un mundo complejo que conocemos bien gracias a los estudios realizados en otras zonas de la península ibérica. Con la *iberización* llega la moneda, la escritura, los contactos con culturas lejanas, novedosas formas de organización política y de relaciones entre vecinos y nuevas creencias y modas estéticas. Técnicamente, la agricultura se vuelve más productiva, se introduce el torno rápido para la fabricación de cerámicas, la metalurgia evoluciona favorablemente y la construcción se hace más compleja.

Las consecuencias de lo anteriormente expuesto son evidentes. La moneda facilita el intercambio y da paso a un auténtico comercio, que será evidente en los hallazgos de producciones industriales, especialmente cerámicas, venidas de otras tierras. Así lo demuestra el hallazgo de cerámicas fenicias en Zaidín o griegas en Pallalarga (Fraga). Los asentamientos se hacen más grandes y el urbanismo empieza a hacer su aparición: la calle central, la cisterna y las habitaciones dispuestas a su alrededor van a ser el modelo de asentamiento en las pequeñas poblaciones que conocemos. La escritura permite la transmisión del pensamiento y la cultura y, en especial, facilita las relaciones y la comunicación con otras comunidades, próximas y lejanas. La comarca se encuentra en el área de influencia de los llamados pueblos ilergetes cuyo centro político-administrativo se encuentra en Lérida, la antigua Ilerda.

La ocupación del territorio debió hacerse de acuerdo con el patrón de asentamiento que es común en el ámbito ibérico: un núcleo principal que ejercía la dirección de otros más pequeños, situados en su entorno, y que probablemente depende-

ría, a su vez, de otro más importante. Este sistema de jerarquización puede vislumbrarse en los yacimientos de Pallalarga (el centro principal) y *Pilaret* de Santa Quiteria, La Noria, Valdragás (entre los secundarios).

No son muchos los asentamientos que se conservan de época ibérica. Sin embargo debemos pensar en una población preexistente de escaso número y en la concentración de la población en núcleos de mayor tamaño que en épocas precedentes si queremos explicar la escasez de yacimientos. Tres son los que vamos a mencionar, además de algunos otros de los que sólo existen indicios o noticias sueltas.



Fraga. La torre del *Pilaret* de Santa Quiteria

El más importante por sus dimensiones debió ser sin duda el ya mencionado de Pallalarga, situado a la salida del casco urbano de la Fraga actual en dirección a Zaragoza. Está situado en un alto cerro desde el que se domina un amplio trecho del Cinca hasta su encuentro con el Segre y su posición le confiere un alto valor estratégico, muy cerca de donde más tarde la calzada romana vadeará el río y también próximo a los actuales puentes de Fraga, de la Nacional II y de la autopista AP-2. Desgraciadamente destruido, permite no obstante constatar su tamaño, que debió albergar una población importante, sin duda la mayor de su tiempo en la comarca. Las cerámicas recogidas son de muy buena calidad, con las decoraciones geométricas características y van acompañadas de producciones de cerámica de barniz rojo ilergete y algunos fragmentos de cerámica ática. Resulta muy interesante constatar el valor estratégico de su emplazamiento ya que en su entorno más cercano podemos encontrar: un pequeño asentamiento de la Edad del Hierro (*Fraga I*), este poblado de época ibérica (*Pallalarga*), los restos de la antigua calzada romana, una necrópolis visigoda (*el Secà*), una torre medieval (*Torre de los Frailes*) y los puentes mencionados. Una prueba de la persistencia de la ocupación y control del territorio a lo largo de casi treinta siglos.

El *Pilaret* de Santa Quiteria es sin duda el más importante en cuanto a los restos conservados y el mejor conocido gracias a que fue objeto de investigaciones arqueológicas en los años sesenta y setenta. Se encuentra en una pequeña elevación muy próxima al río Cinca, sobre su orilla izquierda, pocos kilómetros aguas arriba de Fraga. Se trata de un pequeño asentamiento de forma alargada siguiendo la topografía del cerro con habitaciones dispuestas en torno a una calle central y al que se dotó de una cisterna forrada con sillarejo, que en la actualidad se encuentra oculta por la vegetación. Los escasos materiales recuperados corresponden a ce-



Yacimiento ibérico del Pilaret de Santa Quiteria

fragmentos cerámicos de muy buena calidad, con las formas y decoraciones típicas ya descritas.

Y una mención final para la que sería, sin duda, la pieza ibérica más emblemática de la comarca, aunque en la actualidad está en paradero desconocido: la estela que el padre F. Fita describió a fines del siglo XIX, en la que aparecía, en caracteres ibéricos, el nombre del comarcano más antiguo conocido, un tal Alorildo. Ello es muestra de un alto grado de asimilación de la cultura ibérica que debió responder a una época de prosperidad.

LA ROMANIZACIÓN

Con la llegada de las legiones de Roma la comarca va a sufrir un cambio definitivo. Primeramente fueron los ejércitos de la República los que vinieron a trastocar el equilibrio existente entre las comunidades ibéricas para otorgar una organización diferente al territorio que se mantendrá durante varios siglos. Pero el cambio no se hizo sin esfuerzo y sin traumas. Las guerras celtibéricas primero y, especialmente, las guerras civiles después, rompieron la paz en que vivían las tierras ribereñas. Desde el siglo II a.C. los ejércitos de Roma recorrieron estas tierras en varias ocasiones, hasta llegar a la víspera del cambio de era, cuando las tropas de Julio César y las de su oponente Pompeyo tuvieron un enfrentamiento memorable en las proximidades de la confluencia entre los ríos Ebro, Cinca y Segre. Se recordará como la batalla de Ilerda, pero el escenario exacto de este encuentro, que dio una victoria más a César, se desconoce, a pesar de los intentos por localizar el lugar del enfrentamiento. A partir de la asunción del poder por parte de Octavio Augusto, sucesor de César, el cambio de era dio paso al disfrute de la *Pax Romana*, recién instaurada en el Imperio.

La consecuencia fue una profunda transformación de la comarca. Los viejos poblados ibéricos desaparecen y su población pasará a engrosar los efectivos de las

rámicas ibéricas con sus decoraciones geométricas pintadas en colores rojos oscuros.

Por último, el asentamiento ibérico del Castillo, en Chalamera, del que solamente queda el solar donde se levantó un día la población ibérica y posteriormente el mencionado castillo. La situación es también envidiable desde el punto de vista estratégico, dominando en este caso la confluencia de los ríos Alcanadre y Cinca. Son abundantes los

nuevas ciudades que Roma levanta, o a trabajar en las explotaciones agrarias que, poco a poco, se irán poniendo en funcionamiento. La paz hace innecesarias murallas o fortificaciones, y las villas y vías de comunicación –fluviales y terrestres– relacionan y uniformizan el territorio. La economía de subsistencia practicada por los primeros pobladores se convertirá en economía de mercado –como diríamos hoy–, al servicio de los intereses económicos y estratégicos de Roma.

La pertenencia al Imperio Romano tuvo como consecuencia la profunda romanización de la comarca, al igual que sucedió en todos los rincones del mundo romano. Con las legiones llegó la paz, la prosperidad y la estabilidad. También el latín, el derecho romano, las modas y costumbres de una civilización superior, la cultura o las nuevas creencias religiosas, incluido el cristianismo. La integración en un extenso y complejo mundo trajo consigo la apertura hacia el exterior y la posibilidad de recibir influencias y productos exóticos.

No existen indicios de ningún centro urbano en la comarca durante el período de historia romana –a pesar de los intentos de identificar a Fraga con *Gallica Flavia*–, ni de la existencia de la casi mítica *Octogesa*, buscada incessantemente en los alrededores de Mequinenza. Una realidad se desprende de las investigaciones arqueológicas: que toda la comarca debió pertenecer a ricos terratenientes que, a través de enormes latifundios –las villas, o *villae*– explotaban los recursos agrícolas. La presencia romana se concreta en este sentido en extensos campos de cereales situados en lo que hoy se considera seco, es decir, en los llanos de las partes altas. La huerta que hoy vemos tal vez no existiría, pues el río campaba a sus anchas anegando con sus avenidas el amplio cauce en el que hoy se asienta uno de los pilares de la economía comarcal.

De la presencia romana tenemos restos e indicios. Los restos se concretan en



Villa *Fortunatus* (Fraga). Pasillo con mosaicos, en el peristilo septentrional

El mausoleo romano de San Valero

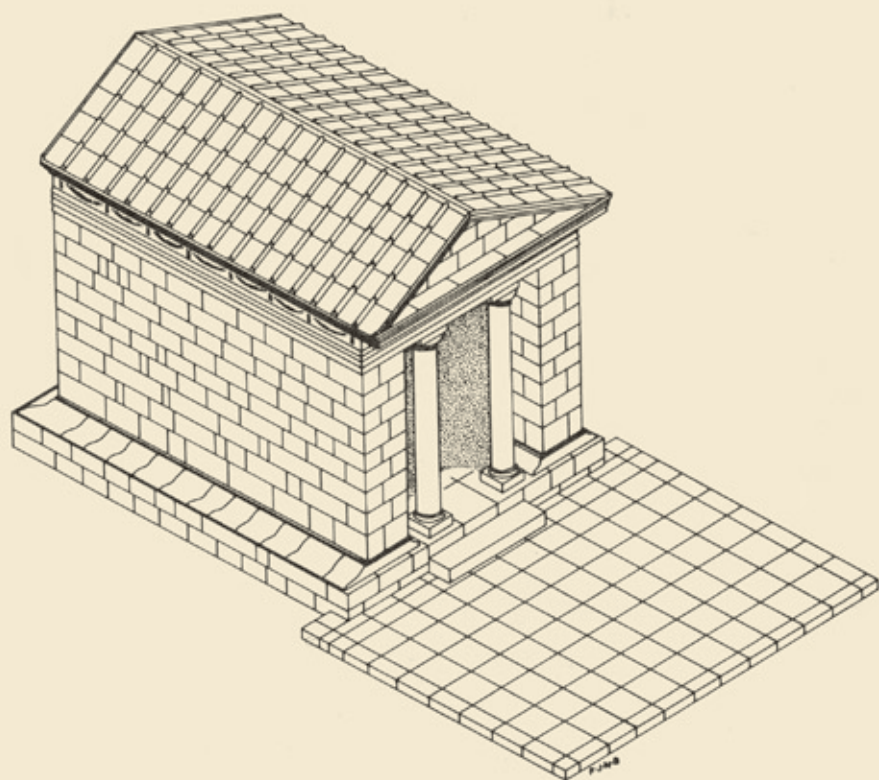
A dos kilómetros aguas abajo de Velilla de Cinca, junto a la carretera que lleva a Fraga, se encuentra la ermita de San Valero, interesante edificio románico levantado sobre los restos de un mausoleo romano.

Son perfectamente visibles, en la parte inferior de los muros este y norte, los restos del *podium* sobre el que se erigió el monumento romano. El *podium* está formado por cuatro hiladas de sillares bien escuadrados en su parte oriental, que se reducen a tres en su extremo noroccidental, y presenta en la hilada superior una clásica moldura formada por dos listeles y dos cuartos de bocel, separados por una escocia. Las dimensiones del edificio primitivo fueron de 8,15 x 6,40 metros.

En los muros este y norte se aprecian, sobre el citado *podium*, los muros originales de la construcción romana, desmontada en sus lados oeste y sur para ampliar el recinto de la ermita y conseguir unas dimensiones más acordes a las necesidades del culto cristiano. En la prolongación del muro septentrional son visibles, junto al suelo, dos fragmentos de arquivolta de factura muy clásica, con las bandas que presentan este tipo de elementos arquitectónicos.



Podium del mausoleo romano de San Valero (Velilla de Cinca)



Reconstrucción ideal del mausoleo romano de San Valero

En las proximidades del edificio se descubrieron dos fragmentos de fuste de columna, así como dos capiteles muy retocados.

Con todos estos elementos arquitectónicos es posible intentar una reconstrucción ideal de la imagen que tuvo la construcción original romana. Se trataría de un edificio de tipo templo *in antis*, cuya fachada orientada hacia el oeste iría provista de dos columnas entre las prolongaciones de los muros laterales. El entablamento, del que se conserva el arquitrabe, se completaría con un friso, probablemente decorado con roleos u otros elementos vegetales, tal vez guirnaldas.

Por las características descritas y la semejanza con otros monumentos similares –el relativamente cercano mausoleo de Fabara– podría aventurarse como fecha de construcción el siglo I d. C.



Panorámica del patio central de la *Villa Fortunatus*

asemejarse a lo que hoy son los paisajes de poblamiento disperso, como el de las grandes propiedades rurales andaluzas.

Los restos conservados de época romana son bastante numerosos en la comarca y, sin lugar a dudas, el más espléndido legado lo constituye la llamada *Villa Fortunatus*. Le sigue en interés el mausoleo sobre el que edificó la ermita de San Valero, en Velilla de Cinca. La vía romana que unía las ciudades de *Ilerda* (Lérida) y *Caesaraugusta* (Zaragoza) conserva restos de su trazado desde el llano de Cardiel –cerca de Candanos– hasta las proximidades de Torrente de Cinca –de donde procede un miliario del siglo I–, lugar junto al que se vadeaba el río, seguramente por medio de barcazas. Los mosaicos aparecidos en las cercanías de Chalamera constituyen, también, un importante documento de la existencia de otra *villa*. Se cuentan por docenas los lugares donde es posible reconocer la cerámica denominada *terra sigillata*, el más común de los rastros indicadores de la presencia de la cultura romana.

Los últimos tiempos de la etapa romana se ven enturbiados por los graves sucesos que conmocionaron al Imperio. El debilitamiento de éste y la consecuente pérdida de autoridad de Roma y de sus representantes hacen que la vida en estas comunidades agrícolas se retraiga y se tienda a una economía de autoconsumo. La inseguridad de los caminos o la falta de mercados hará que los señores permanezcan en sus residencias campestres como auténticos *domini*, señores de vidas y haciendas. La crisis de los centros urbanos y la caída definitiva del Imperio de Occidente, acabará por crear las condiciones necesarias para desarrollar una nueva forma de vida: el feudalismo.

DESPUÉS DE LOS ROMANOS

La época tardorromana y visigoda, que se confunden sutilmente entre la Antigüedad y la Edad Media, está tan mal representada en nuestra comarca como en el



Detalle de un mosaico de *Villa Fortunatus*

resto del territorio peninsular. Quedan, sin embargo, algunos testigos, entre los que destaca la Torre del Pilaret, de época incierta, pero que pudo edificarse como defensa de la pequeña comunidad que habitaba los restos de la que otrora fuera lujosa *Villa Fortunatus*. En esta *villa*, cuando fue abandonada, se refugiaron algunos campesinos en torno a la basílica, aprovechando sus dependencias como lugar de habitación e incluso de enterramiento. Muy cerca de donde hoy se alza la llamada Torre de los Frailes, entre Fraga y Torrente de Cinca, se excavó una necrópolis de época visigoda que indica la proximidad de un núcleo habitado, del que no conocemos el menor rastro. Los primeros siglos de la Edad Media serán parcos en noticias, casi mudos, y habremos de esperar a las fuentes musulmanas para encontrar mencionada la medina de Fraga.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIL VICENTE, Magdalena y RUIZ ZAPATERO, Gonzalo, *Las cerámicas con asas de apéndice de botón del N.E. de la Península Ibérica*, Trabajos de Prehistoria, 37, Madrid, pp. 181-219, 1980.
- DÍEZ CORONEL, Luis y PITA MERCÉ, Rodrigo, *Urbanismo y materiales del poblado del Bronce de Masada de Ratón, en Fraga, Caesaraugusta*, pp. 31-32, Zaragoza, 1968.
- DIEZ CORONEL, Luis y PITA MERCÉ, Rodrigo, *Memoria sobre la excavación de Masada de Ratón, en Fraga*, Noticiario Arqueológico Hispánico, XIII-XIV, Madrid, 1969-70.

- FERRE, R., QUERRE, J., SARNEY, H. y PITA, R., *El poblado de Masada de Ratón en Fraga (Huesca)*, IX Congreso Nacional de Arqueología, Valladolid, 1965, Zaragoza, 1966.
- GARCÉS i ESTALLO, Ignasi, *Los materiales arqueológicos del poblado de Masada de Ratón (Fraga, Huesca)*, Bolskan, 3, Huesca, pp. 65-132, 1987.
- MAYA GONZÁLEZ, José Luis, *La Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro en Huesca*, I Reunión de Prehistoria Aragonesa, reedición en Bolskan 7, 1990, Huesca, pp. 159-197, 1981.
- MAYA GONZÁLEZ, José Luis y MONTÓN BROTO, FÉLIX J., *Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Bajo Cinca: El barranco de Monreal (Fraga)*, Ilerda, XLVII, Lérida, pp, 1986.
- MAYA GONZALEZ, José Luis y PRADA, Alfons, *Aportaciones al poblamiento de las cuencas de los ríos Segre y Cinca durante el inicio de la Edad del Bronce*, Bolskan 6, Huesca, pp. 85-123, 1989.
- MAYA, José Luis, FRANCÉS, Joan y PRADA, Alfons, *Campaña de excavaciones en la Balma de Punta Farisa (Fraga, Huesca)*, Arqueología Aragonesa, 1988-1989, Zaragoza, 1991.
- MONTÓN BROTO, Félix J., *Evolución de los asentamientos antiguos en el Bajo Cinca (Huesca)*, Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, Teruel, vol. II, 1984.
- MONTÓN BROTO, Félix J., *El poblado prehistórico de Valdeladrones*, Bajo Aragón. Prehistoria, VI, Zaragoza, 1985.
- MONTÓN BROTO, Félix J., *Avance al estudio de los materiales del yacimiento de la Edad del Bronce de Zafranales, en Fraga (Huesca)*, Bolskan, 5, Huesca, pp. 201-247, 1988.
- MONTÓN BROTO, Félix J., *Zafranales. Un asentamiento musulmán y un habitat del Bronce*, Annales, 5, Barbastro-Zaragoza, pp. 69-146, 1988.
- MONTÓN BROTO, Félix J., *Zafranales. Bronce medio y final en el Bajo Cinca*, Revista de Arqueología, 102, Madrid, pp. 29-34, 1989.
- RODANÉS VICENTE, Jose M.ª y MONTÓN BROTO, Félix J., *Los yacimientos de la Edad del Bronce de Masada de Ratón y Zafranales (Fraga, Huesca)*, Zaragoza, 1990.
- RUIZ ZAPATERO, Gonzalo, *Un habitat de «campos de urnas» en los Monegros*, Homenaje al prof. Martín Almagro Basch, Madrid, pp. 147-156, 1983.
- RUIZ ZAPATERO, Gonzalo, *Una cabaña de «Campos de Urnas» en los Regallos (Candasnos, Huesca)*, Bolskan, 2, Huesca, pp. 77-110, 1985.